



UNIVERSIDAD  
DE COSTA RICA

REHMLAC

REVISTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA MASONERÍA

LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA | ISSN 1659-4223



**“La masonería en Italia: en la frontera entre fanatismo y libertad”**

Aldo Alessandro Mola

**UCLA**

 **Masons  
of California**

Aldo Alessandro Mola. Italiano. Profesor en la Universidad de Milán y cotitular de la Theodore Verhaegen en la Universidad Libre de Bruselas. Desde 1967 ha publicado diversos libros y biografías. Algunas de sus obras son *Storia della Massoneria italiana dalle origini un oggi* (Bompiani, 1977-2012), *Storia della Monarchia en Italia* (Bompiani, 2001), *Declino e crollo della Monarchia en Italia* (Mondadori, 2006), y las biografías de Giuseppe Garibaldi (1982), Giuseppe Mazzini (1986), y Silvio Pellico (2005), así como *Giovanni Giolitti, lo statista della Nuova Italia* (Mondadori, 2003, incluido desde 2012 en la colección de los Clasicos de la Historia). Fue codirector de la obra *Il parlamento Italiano 1861-1992* (24 volúmenes). Como periodista ha publicado artículos en *Corriere della Sera* y *Panorama*. También es director de la revista *Storia en Reta*. Él es el presidente del Centro Europeo para el Estudio del Estado "Giovanni Giolitti" y del Centro para el Estudio de la Masonería. Ha recibido varios premios por su contribución a la historia de Italia. En 1990 fue galardonado con la Medalla de Oro de la *Scuola della Cultura e dell'Arte*. Correo electrónico: [aldoamola@gmail.com](mailto:aldoamola@gmail.com)

Fecha de recibido: 25 de abril de 2013 - Fecha de aceptado: 18 de junio de 2013

**Palabras clave**

Historia, Masonería, Italia, Fanatismo, Libertad

**Keywords**

History, Freemasonry, Italy, Fanaticism, Liberty

**Resumen**

En este trabajo, se ofrece una panorámica de la Historia de la masonería en el territorio hoy conocido por Italia desde sus inicios en el siglo XVIII a hoy día. Se analiza el nivel de influencia que tuvo dicha organización en los acontecimientos históricos en dicho territorio. Y sobre todo se rompe con los mitos y leyendas que han sido sembrados sobre la relación entre Historia de Italia y masonería.

**Abstract**

This article presents a survey through the history of Freemasonry in the current Italian territory, from its eighteenth-century origins to present, and analyzes the influence that the fraternity had on the country's historical events. The article especially demystifies the legends surrounding the relationship between Freemasonry and the history of Italy.

© Aldo Alessandro Mola y REHMLAC.

Consejo Científico: Miguel Guzmán-Stein (Universidad de Costa Rica, Costa Rica), José Antonio Ferrer Benimeli (Universidad de Zaragoza, España), Margaret Jacob (University of California Los Angeles, United States), Eduardo Torres Cuevas (Universidad de La Habana, Cuba), María Eugenia Vázquez Semadeni (University of California Los Angeles, United States), Éric Saunier (Université du Havre, France), Andreas Önnersfors (Lunds universitet, Sverige), Samuel Sánchez Gálvez (Universidad Carlos Rafael Rodríguez de Cienfuegos, Cuba), Roberto Valdés Valle (Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", El Salvador), Céline Sala (Université de Perpignan, France), Dominique Soucy (Université de Franche-Comté, France), Guillermo de los Reyes Heredia (University of Houston, United States), Felipe Santiago del Solar Guajardo (Universidad ARCIS, Santiago de Chile), Carlos Francisco Martínez Moreno (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Michel Goulart da Silva (Universidade do Estado de Santa Catarina, Brasil)

Editora invitada: María Eugenia Vázquez Semadeni (University of California Los Angeles, United States)

Editor: Yván Pozuelo Andrés (IES Universidad Laboral de Gijón, España)

Director: Ricardo Martínez Esquivel (Universidad de Costa Rica, Costa Rica)

Dirección web: [rehmlac.com/](http://rehmlac.com/)

Correo electrónico: [info@rehmlac.com](mailto:info@rehmlac.com)

Apartado postal: 243-2300 San José, Costa Rica

Citado en:

Academia.edu

Aladin. WRLC. Libraries Catalog

AFEHC. Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica

Biblioteca de Georgetown

CRICCAL, Université Sorbonne Nouvelle Paris 3

CERGE EI. Portál elektronických časopisů. Univerzita Karlova v Praze

Departamento de Filosofía de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Dialnet, Universidad de la Rioja

Directorio y recolector de recursos digitales del Ministerio de Cultura de España

DOAJ. Directory of Open Access Journals

Freemasonry and Civil Society Program at UCLA

Fudan University Library Academic Resource Portal

Google académico

Institute for the Study of the Americas at University of London

Latindex (UNAM)

Latindex.ucr. Repositorio de revistas de la Universidad de Costa Rica

Library Catalogue of University of South Australia

Museo Virtual de la Historia de la Masonería de La UNED

*Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*

REDIAL. Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina

SID. Sistema Integrado de Documentación. Universidad Nacional de Cuyo

Toronto Public Library

UBO. Revues en ligne. Service Commun de Documentation, Université de Bretagne Occidentale

Universia. Biblioteca de Recursos

University of Wisconsin-Madison Libraries

Western Theological Seminary. Beardslee Library Journals



Licencia de tipo  
“Reconocimiento-No comercial-Compartir igual”

## **“La masonería en Italia: en la frontera entre fanatismo y libertad”<sup>1</sup>**

Aldo Alessandro Mola

### **Los orígenes en Italia en una época de profundos cambios**

En Italia la masonería fue introducida en 1730 por ingleses que vivían en Florencia, la capital del Gran Ducado de Toscana gobernado por el último de los Médicis, el disoluto Giangastone (1730-1738). Se han hecho muchas hipótesis acerca de las logias fundadas en Nápoles o Roma con anterioridad a dicha fecha, pero no existe documentación convincente al respecto. Sabemos con seguridad que la masonería en Italia llegó del extranjero y que durante muchas décadas los masones italianos se redujeron a núcleos de unas pocas decenas de afiliados. Las logias estaban formadas por aristócratas, estudiosos, personas ricas y cultas, contando casi siempre entre sus filas con sacerdotes católicos.

La masonería en Italia empezó a difundirse coincidiendo con profundos cambios políticos, culturales y religiosos. No existen pruebas que demuestren que los masones contaban con una dirección única, ni que estuvieran dirigidos desde el exterior, particularmente por la masonería inglesa, que era la única dotada en aquel tiempo de una organización unitaria, si bien en vías de consolidación.

En primer lugar, tras siglos de estabilidad, se produjeron en el país una serie de cambios políticos generales. Al dominio de los Habsburgo de España (que desde el siglo XVI controlaban directa o indirectamente casi todo el país) en 1713-1714, es decir, después de la guerra de sucesión al trono de España, al cual accedió Felipe de Borbón, sobrino de Luis XIV de Francia, le siguió el Sacro Imperio Romano (Habsburgo de Austria), que obtuvo el Milanesado y la Italia meridional, mientras que Sicilia fue entregada al duque Víctor Amadeo II de Saboya, con el título de rey. En 1738, tras la guerra de sucesión al trono de Polonia, Austria fue sustituida en el Reino de Nápoles y Sicilia por los Borbones españoles, es decir la misma dinastía que reinaba en Francia. Este cambio se equilibró con la asignación de la Toscana a Francisco Esteban de Lorena, marido de la emperatriz María Teresa de Austria, cuyo marido, el emperador consorte había sido iniciado en la masonería, aunque sería ingenuo deducir de ello que el Imperio o el gobierno de sus numerosas provincias estuvieran por tal motivo “guiados” por la Francmasonería.

La Paz de Aquisgrán (1748), tras la guerra que confirmó a María Teresa en el trono imperial de Viena (contra la tradición que lo reservaba exclusivamente a los varones dado su carácter sacro) confirmó los equilibrios existentes en Italia. Se hacía evidente el declive de los Estados que anteriormente habían sido poderosos y prestigiosos, como la República de Venecia y el Estado Pontificio, mientras que las Repúblicas de Génova y de Lucca seguían siendo pequeñas y débiles.

La segunda transformación se refiere a la vida cultural, cuyos centros vitales se situaban en Nápoles (capital desde 1734 de un reino autónomo con Carlos III de Borbón, hijo

---

<sup>1</sup> Quisiera agradecer a Angel Alegre Marco por la traducción de este trabajo.

y sucesor de Felipe V de España) y en Milán, ducado asignado al Imperio Austriaco. Nápoles, Milán y Florencia se convirtieron en centros de investigación científica y de difusión del pensamiento ilustrado anglo-franco-germánico, en el ámbito de las dinámicas en curso en muchos puntos de Europa y de las Américas, tal y como ha documentado Margaret Jacob en sus obras "*L'illuminismo radicale*" (Bologna 1983) y en "*Massoneria illuminata*" (Turín, 1995). Otros centros menores como Parma (entregada a los Borbones españoles) Padua, Módena, Cremona y ciudades portuarias como Livorno o Palermo fueron sede de intercambios culturales propicios a la instalación de logias.

El tercer cambio es de carácter político y cultural y se refiere a la vida religiosa. Una vez terminadas las guerras de religión, que no afectaron directamente a Italia, donde la única minoría, los valdenses (evangélicos) estaba tolerada en los dominios de los Saboya, la cristiandad quedó dividida no solo entre Oriente y Occidente, sino también entre católicos, evangélicos y reformados. Los judíos en cambio, aparte de mínimas concesiones en el Imperio de los Habsburgo se vieron privados de sus derechos civiles y políticos. La Iglesia de Roma agotó el impulso innovador de la Reforma Católica, condenó el jansenismo (Clemente IX) y buscó el diálogo con los protestantes (Benedicto XIV, 1740-1758), pero sin mucha convicción y por lo tanto sin éxito. En 1773 el papa Clemente XIV disolvió la Compañía de Jesús, que hasta aquel momento había tenido gran influencia en la vida intelectual y política, pero que ya se encontraba en conflicto con las potencias católicas (sobre todo los Borbones y los Braganza de Portugal) y con la cultura de las Luces.

Al principio en Italia las logias fueron un instrumento de penetración de los ingleses, temerosos de que el Mediterráneo se convirtiera en un lago dominado por los Borbones, cuyo poder se extendía desde España hasta el mar Adriático. Los ingleses intentaron crear un estado de opinión favorable en los círculos cultos, centrándose sobre todo en el estudio de las antigüedades, del arte y la historia. En segundo lugar desde el Reino de Cerdeña (Chambery en Saboya, Turín, Casale Monferrato), el estado militarmente más potente de la península, hasta el Ducado de Parma y otros territorios del país, empezó a difundirse la masonería francesa.

### **La Iglesia de Roma excomulga a la masonería.**

La Iglesia pronto tuvo un motivo de preocupación ante la difusión de la masonería, que por su propia constitución escapaba a su control. La reacción del Papado fue inmediata y coincidió con la asignación de la Toscana a la Casa de Habsburgo, que por comprensibles motivos históricos era más tolerante con los luteranos, evangélicos y judíos que los Borbones. La presencia de masones ingleses –anglicanos o evangélicos– alarmó al Papado, que veía en ellos una amenaza. Pero el programa de la masonería no estaba claro en absoluto. No se sabía qué era lo que realmente ocurría en las logias, sospechosas de ser centros de pactos secretos entre fuerzas enemigas o cuando menos indiferentes al primado de los papas.

En 1738 el papa Clemente XII usó el arma más fuerte: la excomunión de los masones, muchos de los cuales por otra parte, ni siquiera eran católicos o al menos no eran practicantes. En 1739 el secretario de Estado de la Santa Sede, cardenal Firrao, añadió a la condena a los

masones unas penas durísimas, incluida la muerte y la confiscación de todos sus bienes. La Iglesia estaba segura de que los soberanos católicos, empezando por los de Italia, seguirían el ejemplo y prohibirían y perseguirían a los masones. Sin embargo, salvo en el Estado Pontificio, las logias siguieron expandiéndose, aunque con gran prudencia, ya fuera por indolencia o por oportunismo de los respectivos soberanos más que por tolerancia. Los masones italianos formaban círculos pequeños, pero eran influyentes en los ámbitos del poder, como fue el caso de Nápoles, donde el masón más prestigioso, Raimundo Sangro de San Severo, un príncipe muy rico, culto y de espíritu independiente fundó la primera gran logia italiana.

En 1751, es decir tres años después del tratado de Aquisgrán, que inauguró casi medio siglo de paz en Italia, el papa Benedicto XIV, un pontífice de vasta cultura, que mantenía contacto con Voltaire y otros exponentes de la Ilustración, confirmó solemnemente la excomunión. La Iglesia rechazó de plano la masonería. La consideró peligrosa para el Tríplice Reino, la estabilidad política y la primacía teológica de la Cátedra de Pedro. La excomunión de la masonería generalmente fue considerada, y así se considera todavía, como una manifestación de intolerancia por parte de la Iglesia, un rechazo al diálogo y una negación de la fraternidad. El Papado, no obstante, no tenía ningún motivo para ser tolerante y dialogar con aquello que consideraba un enemigo peligroso. La Iglesia se fundaba sobre la primacía doctrinal del sucesor de Pedro: una prerrogativa que el Concilio Ecuménico Vaticano I (1870) formuló con el dogma de la infalibilidad de los pronunciamientos “ex cátedra” del pontífice en materia de fe. Desde su punto de vista, la Iglesia no podía actuar de otro modo. Por otra parte, lo mismo hacían las autoridades de las demás confesiones cristianas, así como los judíos, mientras que los musulmanes guardaban silencio.

Por todo ello en Italia la masonería se encontró en una situación ambigua, bajo la constante amenaza de una persecución fanática y exterminadora.

A diferencia de lo que ocurría en otros países europeos, como Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos, los Estados Bálticos y, naturalmente, las colonias inglesas de Nueva Inglaterra, en Italia la masonería no se dio nunca una organización oficial, a la luz del sol. El mismo príncipe de Sangro negó su pertenencia a la masonería y declaró que era una organización ridícula e irrelevante.

Los masones se vieron obligados a esconderse, resultando por ello cada vez más sospechosos. La obligación de mantener el secreto para evitar persecuciones, procesos y condenas, produjo graves consecuencias. El pensamiento masónico no pudo circular libremente en libros, rituales, catecismos, contactos públicos con la “polis”. Como consecuencia de ello dicho pensamiento se mantuvo en la oscuridad, incluso para sus propios adeptos y la masonería careció de unidad.

La Francmasonería resultó opuesta a las “religiones del libro”. Era una suma de símbolos y de mensajes orales, por lo que se prestó a manipulaciones e interpretaciones, a “herejías”. Como afirma con razón José Antonio Ferrer Benimeli, la masonería tuvo unas raíces *cristianas*, pero en una época de división de la cristiandad en numerosas confesiones, la religiosidad y la espiritualidad no eran suficientes para impedir condenas y excomuniones de la Iglesia de Roma, como ya había sucedido con otras “sectas” y “herejías”.

Cada grupo (o logia) interpretó la masonería según las enseñanzas de quienes poco a poco la iban organizando y difundiendo. Resulta muy significativo el caso de la expansión en Italia de la Orden de la Estricta Observancia, que intentó aclarar el origen de la masonería.

El fracaso del Convento de Wilhelmsbad (1780-1782) que debería haber aclarado de una vez por todas si la masonería derivaba de los cruzados (como afirmaba Michel de Ramsay en 1737) y más concretamente de los Templarios (como afirmaba la Estricta Observancia), también tuvo repercusiones en Italia, ya que muchos afiliados quedaron decepcionados y contrariados. Tal fue el caso del católico Joseph de Maistre. Ante sus ojos, la masonería resultó ser una “gran nube de humo”, como ya había sentenciado Federico II de Prusia, al cual se le atribuyeron posteriormente las “grandes constituciones” del Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

### **Masonería e Ilustración**

Los principales círculos culturales italianos de la segunda mitad del siglo XVIII, desde Milán hasta Florencia y Nápoles *también* contaban con masones, pero no está en absoluto demostrado que las logias fueran el único o principal laboratorio de las reformas y de la difusión de las ideas ilustradas. Es el caso de Milán, donde se publicaba la revista “*Il Caffè*”, y cuyos fundadores no eran masones. Tampoco lo era Cesare Beccaria, el jurista italiano más famoso, que propuso la abolición de la tortura en los procesos penales y de la pena de muerte. En Nápoles también hubo ilustrados masones, pero muchos de los juristas, médicos, científicos, y políticos más innovadores no eran en absoluto masones. Numerosos reformadores eran indiferentes u hostiles a la masonería.

Además, en los últimos años del siglo XVIII los masones de Italia eran muy diversos. En Piamonte había aristócratas y militares muy conservadores y científicos como el médico-filósofo Sebastiano Giraud, inicialmente inclinado hacia el misterio y la alquimia, y luego de orientación “democrática”. En Nápoles había masones fieles al modelo inglés, que prohíbe la introducción en las logias de cuestiones políticas y religiosas, mientras que otros consideraban que la masonería era una escuela eminentemente política.

Entre todas estas figuras, la más interesante de la época fue Antonio Jerocades, un sacerdote de Calabria convencido de que las logias tenían que desarrollar una misión civil y política. Jerocades había recibido de la Logia Madre de Marsella unos poderes especiales para renovar la masonería del sur de Italia y expuso su pensamiento en las poesías publicadas en “*La Lira Focense*” (1783), que sigue siendo la única obra poética italiana declaradamente masónica. Jerocades anteriormente había publicado “*Paolo, o sia l’Umanità liberata*” (1783). “*La Lira focense*” fue poco anterior a su viaje a Marsella, reflejado en la obra “*Il codice delle leggi massoniche ad uso delle logge Focensi*” (*Neapoli Pamphilia*, 1785 (transcripción de G.Kloss, ms. II, C 2, Klossbibliotek, La Haya). Su obra marcó la neta división en Italia entre las dos concepciones de la masonería: entre la especulativa y la operativa, y entre la iniciática y la lucha por el poder, entre la filosofía política y la revolución, entre el humanismo y la militancia incluso al precio de vidas humanas.

En la última década del siglo XVIII, la masonería en Italia atraviesa así una etapa de

cambios, de regeneración y también de confusión. Las logias pierden el contacto con las centrales inspiradoras con las que había contado y empiezan a trazar su propia trayectoria. Gran Bretaña veía a los masones ilustrados-jacobinos con sospecha porque temía que fueran un instrumento de la Francia revolucionaria, que rechazaba los equilibrios alcanzados entre las grandes potencias tras la Guerra de los Siete Años y el primer reparto de Polonia y usaba los ideales democráticos como vehículo para su propio dominio. Sin embargo, los pocos núcleos masónicos italianos anglófilos, o al menos no francófilos, no fueron legitimados por Londres que prefirió valerse de enemigos de los masones, como Fernando de Borbón y el rey de Cerdeña.

En Francia en el periodo del Terror y en los primeros tiempos del Directorio los masones y la masonería quedaron al margen de la vida cultural y política. Muchos fueron torturados. Casi todas las logias fueron disueltas. El masón Vittorio Alfieri deploró el igualitarismo revolucionario. El conde de Cagliostro fue llevado triunfalmente hasta París antes de 1789, cayó prisionero del papa Pío VI, fue procesado y encarcelado en San Leo, donde sufrió tortura hasta la muerte. Pero en sus últimos años el Terror no fue solo clerical. La reorganización de la Masonería tras 1798 cerró filas bajo el signo de la lealtad con el gobierno. Las logias extranjeras no tenían otra opción: acatar las directivas de París o desaparecer.

### **El periodo franco-napoleónico y el florecimiento de las logias políticas.**

En Italia a finales del siglo XVIII la masonería entró en un sueño profundo durante un breve espacio de tiempo. Era aristocrática (aristocracia de nacimiento y de cultura, con aportaciones del mundo eclesiástico), militar (basada en los principios de honor y lealtad), siempre dispuesta a invocar la protección del soberano sobre las logias (o de la soberana en el caso de María Carolina de Habsburgo, reina de Nápoles y hermana de María Antonieta de Francia, a su vez muy vinculada a María Luisa di Carignano, princesa de Lamballe, masona, asesinada de forma terrible por el populacho parisino). De aquel sueño, la masonería italiana se despertó con la irrupción del ejército dirigido por Napoleón Bonaparte (1796-1797). Este hecho no dio lugar al renacer inmediato de las logias, pero creó las condiciones para la difusión de una nueva cultura política basada en las constituciones, en principios como la introducción de normas consensuadas, la libertad entre iguales y el voto final, todos ellos métodos típicos de los “trabajos de la logia”.

En pocos años se redactaron las constituciones de las repúblicas de Bolonia (1796), que fue la primera en adoptar el “tricolor nacional” verde, blanco y rojo, la Cispadana (1797), Cisalpina (1797 y 1798) del pueblo Ligur (1797), de la República de Lucca (1799) de la República Romana (1798) y de la Napolitana (1799), que fue sin duda la más innovadora de todas, de la República de Liguria (1802) y por último de la República Italiana (1802).

Los principios inspiradores del constitucionalismo eran la Revolución Americana de 1776, la constitución de los Estados Unidos de América, la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano aprobada por la Asamblea Nacional francesa (1789), así como las distintas constituciones que se sucedieron en Francia hasta el golpe de estado del 18 de



brumario de 1799, la instauración del Consulado y la implantación de un régimen monocrático y finalmente la proclamación del Imperio de los franceses (2 de diciembre de 1804) confirmada luego en plebiscito.

En Piamonte, territorio directamente anexionado a Francia, las logias de orientación jacobina o sospechosas de infiltraciones republicanas y antinapoleónicas fueron clausuradas en 1802. Tan solo volvieron a aparecer tras una rigurosa depuración interna, que incluyó expulsiones o conversiones y funcionaron de vía transmisora entre la dirigencia local y la de Francia.

La transformación de la República Italiana en Reino de Italia, una “provincia” del Imperio francés, supuso la reorganización de la masonería italiana, cuestión que ha sido tratada por François Collaveri. El 16 de marzo de 1805 se constituyó en París el Consejo Supremo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado *en o para* Italia, emanación del de Francia y por lo tanto cronológicamente el tercer Consejo Supremo desde el nacimiento de dicho Rito. El 20 de junio de 1805 el Rito estableció el Gran Oriente de Italia en Milán, capital del reino que incluía Lombardía, el Véneto y la Emilia-Romaña, siendo su gran maestro Eugenio de Beauharnais, de 24 años de edad e hijo adoptivo de Napoleón.

Las logias de Lombardía documentan la realidad de la masonería franco-napoleónica. Después de la coronación de Napoleón como Rey de Italia (26 de mayo de 1805) y del nombramiento de Eugenio de Beauharnais, su hijo adoptivo, como virrey, “Josefina Real” de Milán contó con personalidades muy diversas, como Gian Domenico Romagnosi, Pietro Calepio, Francesco Saverio Salfi..., todo el estado mayor del régimen napoleónico, sin más márgenes para la doble lealtad.

En los años siguientes la península italiana contó con tres grupos de logias: las que dependían directamente del Gran Oriente de Francia, instaladas en los territorios anexionados al Imperio (entre el occidente ligur-piamontés y el antiguo Estado Pontificio, donde el papa Pío VII fue destronado y deportado de Roma), las que obedecían al Gran Oriente de Italia y las logias que seguían la obediencia del Gran Oriente de Nápoles, que tuvo como grandes maestros primero a José Bonaparte y luego al cuñado de Napoleón, Joaquín Murat, rey de Nápoles entre 1808 y 1815.

El régimen franco-napoleónico no sólo permitió, sino que promovió la multiplicación de logias como eslabones en la cadena de transmisión entre la Francia imperial y los dirigentes de los territorios directa o indirectamente dependientes de París. Nunca quedó claro si el emperador fue o no un iniciado. Sí que lo eran el príncipe Jean-Jacques-Régis Cambacérès, archicanciller del Imperio y todos los poderosos de un sistema fundado en la autocefalia del poder político, emancipado de la consagración eclesiástica desde la coronación en Notre Dame el 2 de diciembre de 1804 y en la catedral de Milán, donde el emperador se ciñó la Corona de Hierro, símbolo de la realeza italiana.

Para conservar la libertad interna, las logias tuvieron que aceptar las directrices del gobierno y celebrarlo en todos sus ritos oficiales y en las publicaciones. Esta dependencia política se hizo aún más evidente cuando Napoleón concedió al hijo que tuvo con María Luisa de Habsburgo el título de Rey de Roma, una decisión de gran valor simbólico, ya que relegó a la Ciudad Eterna de capital de la Iglesia Católica a segunda ciudad del Imperio. Primero la

Pirámide, luego San Pedro. Napoleón fue el punto de llegada tanto del mito egipcio que surgió en el s. XVIII y presente en la obra de Mozart, como del neotemplarismo, sustraído a la Estricta Observancia y elevado a sacerdocio de la modernidad.

En aquel contexto histórico las logias italianas no tenían en absoluto el objetivo de la independencia y la unificación de Italia, sino que servían al poder franco-napoleónico. En las logias se hablaba de política (elogios al emperador y a las autoridades civiles) y se practicaban ritos parareligiosos, de un cariz naturalista, neopagano, solar. Las fiestas masónicas coincidían con las del calendario imperial y cada vez iban asumiendo un carácter más oficial, como si las logias fueran un estado dentro del Estado o su núcleo de pensamiento y de proyectos políticos.

Esto hace todavía más particular el hecho de que Napoleón nunca mencionara a la masonería en su correspondencia, ni siquiera en sus pensamientos dictados en Santa Elena.

La condición de la masonería en el espacio geográfico italiano durante los primeros quince años del siglo XIX resulta interesante por otro motivo: las logias y los masones estaban presentes, incluso públicamente, en toda la península, Roma incluida, sin que ni el papa Pío VII ni los demás eclesiásticos católicos se acordasen de la excomunión. Es más, en los Estados franco-napoleónicos de Italia no tuvieron ninguna circulación las obras que denunciaban la Revolución francesa, el Terror y el Imperio napoleónico como fruto de un complot masónico. Las más famosas de esas obras, las "*Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*" de Augustin Barruel o "*Il velo alzato per' curiosi*" del abad François Lefranc jamás se editaron. La masonería quedaba por encima de las críticas y las polémicas. Nadie la cuestionaba como un pilar que sustentaba el orden político, conciliado con la Iglesia desde el Concordato de 1801.

En el lado opuesto, la masonería fue rigurosamente prohibida en Cerdeña, último dominio de Carlos Manuel IV de Saboya -que abdicó e ingresó como novicio en la Compañía de Jesús- y luego de Víctor Manuel I de Saboya, para los que seguía vigente la prohibición de la masonería decretada por Víctor Amadeo III, como medida política contra el avance de los revolucionarios franceses y de sus aliados internos filo jacobinos.

Asimismo, la masonería fue prohibida en la Sicilia de Fernando IV de Borbón, que contaba con el apoyo del inglés Lord William Bentinck. La constitución siciliana de 1812 era distinta de la Constitución del Reino de España aprobada en las Cortes de Cádiz de 1812, ya que la siciliana preveía un Parlamento bicameral y reconocía por lo tanto el poder de los barones o *pares*, mientras que la española era monocameral. Sin embargo, ambas reconocían y admitían una sola confesión religiosa del Estado: la Iglesia católica, apostólica y romana, prohibiendo las demás confesiones cristianas y las religiones no cristianas. El deísmo y el libre pensamiento, el agnosticismo y el ateísmo ni siquiera merecían mencionarse. En otras palabras, Gran Bretaña ejerció una importante influencia política antinapoleónica, pero no en apoyo de las libertades de los ciudadanos, que siguieron siendo súbditos de la monarquía católica en Cerdeña y Sicilia.

## **Restauración, *Risorgimento* y unificación nacional**

En 1814-1815 la Restauración restituyó los regímenes que habían sido abolidos por Napoleón, salvo los de las repúblicas de Génova (asignada a los Saboya), Venecia (que volvió a Austria, la cual la había obtenido con la paz de Campoformio en 1797), Lucca, asignada a María Luisa de Borbón, cuyo ducado originario de Parma y Piacenza se le concedió como vitalicio a María Luisa de Habsburgo, esposa de Napoleón, exiliado en Santa Elena.

La masonería se prohibió en todos los estados italianos. Pío VII confirmó la excomunión de los masones y de todas las asociaciones secretas, al igual que harían sus sucesores, León XII, Pío VIII y Gregorio XVI, pero ningún soberano ignoraba que muchos súbditos habían participado activamente en las logias. La prohibición no tuvo carácter retroactivo. Ante la inminencia de la restauración, las organizaciones masónicas entraron en letargo, con disposiciones no siempre documentadas. Se puede calcular que los masones activos en torno a 1813-1814 en Italia serían como mínimo unos 20.000. Con la restauración ninguno de ellos fue arrestado o condenado por masón.

Por otro lado la masonería tenía y conservó un papel eminente en Gran Bretaña, el único estado que, aparte de la paz de Lunéville (1801), nunca había cedido ante Napoleón y había alimentado coaliciones en su contra, incluso cuando Prusia, Rusia (“brindis de Tilsit”, 1807), Austria, etc. habían intentado o firmado alianzas con el Imperio de los franceses. No solo eso, sino que en la Francia de Luis XVIII y de Carlos X la masonería permaneció activa, si bien con menor intensidad. El ministro de exteriores, Maurice de Talleyrand, mariscales, almirantes, prefectos, siguieron sirviendo al Estado mientras José Bonaparte se mantuvo como Gran Maestro del Gran Oriente de Francia.

Las nuevas prohibiciones, condenas, excomuniones, no buscaban castigar a quienes habían sido masones (el pasado, pasado estaba y no era el caso de reprochárselo) sino más bien impedir que las logias se convirtieran en centros de nuevas conspiraciones. Durante el siglo XVIII, el líder del antimasonismo en la Europa continental había sido el Papado, ahora con la Restauración, a la cabeza de la lucha contra la masonería se encontraba el Imperio Austriaco, no por motivos religiosos, sino más bien por motivos políticos e ideológicos.

Los motivos políticos eran claros: Viena (el Canciller Clemens von Metternich) consideraba que las logias eran el punto de encuentro de todas las sociedades secretas que pretendían destruir el orden establecido. La masonería se prohibió como todas las demás sectas (carbonería, etc.) y, en general, todos los movimientos liberales y constitucionalistas, que afirmaban que la soberanía reside en la nación (era el caso de la constitución de España, jurada por Fernando VII, quien la negó posteriormente en 1814) y que los ciudadanos participan en el gobierno eligiendo al Parlamento o a una de las Cámaras. Para impedir que la masonería pudiera desarrollar su (supuesta) función de centro oculto de la conspiración, Viena tenía que combatir el liberalismo en cualquiera de sus formas: prohibir o controlar libros, revistas, periódicos, círculos culturales, y toda actividad intelectual (universidades, escuelas) y religiosa ya que también el clero había sido y podía ser conspirador y antimonárquico. Para conseguir su objetivo, Viena tuvo que apoyarse en la Iglesia católica. Pero la alianza entre el trono y el altar se limitó tan solo al Imperio Austriaco y, en ciertos aspectos, a Rusia (no

católica), España, Portugal y los Estados italianos, pero tuvo poca influencia en Francia, donde la vida cultural continuó disfrutando de amplios espacios de libertad y en los países prevalentemente evangélicos o luteranos.

La Restauración fue un proyecto político, en cierto modo ilustrado: tenía que garantizar la estabilidad de Europa, y por lo tanto la paz, fundada en el equilibrio entre las grandes potencias, incluida Gran Bretaña.

Sin embargo, la Restauración también tuvo otra vertiente, la de la Santa Alianza, reaccionaria y liberticida, con efectos de gran calado y duración en el tiempo sobre la masonería italiana. Los antiguos afiliados empezaron a esperar el regreso de Napoleón. Incluso quienes lo habían detestado por ser un tirano, lo preferían frente al dominio austriaco y clerical.

Muchos masones, obligados a ocultar su propia historia personal para salvaguardar sus vidas, buscaron un nuevo referente. Entre el regreso del emperador y la Santa Alianza se abrió una tercera vía: Gran Bretaña. Este era el camino que proponían los liberales italianos y una parte importante de los masones, carbonaros, antiguos ilustrados e incluso muchos jóvenes que se habían educado en los liceos, universidades y escuelas militares italianas durante el periodo napoleónico, que había abierto nuevos horizontes, ahora drásticamente cerrados por la Santa Alianza.

El cambio fue profundo y condicionó la vida cultural, moral y política de Italia durante el siguiente siglo, y por lo tanto también de la masonería.

Los pocos signos de vida de la Francmasonería italiana después de la Restauración fueron la iniciación de Federico Confalonieri, líder de los liberales italianos, en una logia inglesa de la que era miembro el hermano del rey, el activismo de núcleos masónicos en algunas ciudades portuarias (sobre todo Livorno, en Toscana) y, como contrapartida, la dura represión de cualquier indicio de liberalismo. Austria, el gobierno pontificio y el de Fernando I de Borbón en Nápoles arrestaron, a veces torturaron, procesaron y condenaron a severas penas a todas aquellas personas que fueran sospechosas de complot liberal. A pesar de la represión se difundieron las sectas de los carbonarios, adelfos, federados, etc. que llegaron a contar centenares de miles de afiliados, incluso del pueblo llano. En su ámbito los masones eran pocos, pero tenían un proyecto y dirigían el movimiento.

Siguiendo el ejemplo de la revolución española de enero de 1820, en julio los liberales se levantaron en Nápoles e impusieron al rey la promulgación de la constitución de Cádiz, propuesta también por los conspiradores piamonteses en el reino de Cerdeña en marzo de 1821. Mientras tanto, Austria arrestó a los masones y carbonarios en Milán (Piero Maroncelli, Silvio Pellico, Gian Domenico Romagnosi, Confalonieri...) y el papado confirmó la condena a los masones. Sin ninguna ayuda del exterior, los liberales italianos fracasaron. En marzo de 1821 se publicaron en Nápoles las Constituciones del Rito Escocés Antiguo y Aceptado: un “mensaje” para los años futuros.

No se produjeron mayores cambios hasta el destronamiento de Carlos X de Francia y su sustitución por Luis Felipe de Borbón-Orleáns, el “rey burgués” (julio de 1830), y la creación del Reino de los Belgas. En Italia los liberales y los masones movieron ficha en el Ducado de Módena y en el Estado Pontificio, pero con poco éxito (1831). Inmediatamente

después Giuseppe Mazzini (Génova, 1805-Pisa,1872) que con tan solo veintisiete años había sido carbonario, pero nunca había sido iniciado regularmente en la masonería, fue arrestado, condenado al exilio, fundando en Francia la “*Joven Italia*”, entre cuyos objetivos fundamentales estaban el salto generacional entre los nuevos patriotas y los que habían sido iniciados en las sociedades secretas durante el periodo napoleónico o en el confuso clima de los motines constitucionales de 1820-1821. La nueva Asociación o Hermandad negó el ingreso a todos aquellos que tuvieran más de cuarenta años. Sin embargo tenía una organización parecida a la de la masonería, empezando por el rito de iniciación, que imponía el juramento de fidelidad hasta la muerte, el secreto absoluto y una serie de “pruebas”. Su objetivo, en cambio, siempre fue exclusivamente político: independencia, unidad y república. Además, fue una asociación nacional incluso cuando Mazzini fundó la “*Joven Europa*”, concebida como liberación y hermandad de los pueblos oprimidos en forma de unión y expresión de la voluntad divina (“Dios y el pueblo”).

Mazzini siempre incitó conspiraciones (incluso en forma de atentados) e insurrecciones, con la convicción de que un pequeño movimiento podría provocar el incendio general. Su mesianismo, de carácter religioso, contrastaba con el universalismo pragmático de la Francmasonería, fundado en el principio de la gradualidad y contrario al desorden. Entre el mazzinismo y la masonería hubo desde el principio una zanja destinada a crecer con el tiempo para llegar a ser insuperable, como ocurrió entre proyectos y métodos netamente distintos tanto por lo que se refiere a los fines como a los medios. Mazzini ideó la “*Joven Europa*” para reanimar a la “*Joven Italia*” y a la Alianza Republicana Universal cuando se dio cuenta de que los republicanos italianos nunca derrocarían la monarquía nacional de los Saboya, garante de la paz y por eso aceptada por el concierto de las grandes potencias, con el total apoyo de las instituciones masónicas.

Hasta 1848 Italia no tuvo ninguna red masónica efectiva. Por otra parte, los “patriotas” tampoco disponían de un programa preciso. Querían unir Italia, pero no tenían claro cómo conseguirlo: confederación, federación, unión, unificación...había tantas vías posibles y todas diferentes... Sobre todo faltaba un punto de referencia nacional e internacional. En 1844 Massimo d’Azeglio propuso superar las sectas secretas y actuar a la luz del día, para formar una “opinión nacional”. Dos años después el papa Pío IX (1846-1878) repentinamente se hizo defensor de la “italianidad”. El neogüelfismo tuvo un enorme éxito. En pocos meses se publicaron miles de libros, opúsculos, periódicos que hablaban abiertamente de una Italia unida, al menos en forma de liga entre los Estados existentes, con la presidencia del papa. Los pocos masones activos en Italia, obligados al letargo y a mantenerse en silencio, fueron prudentes puesto que en el Estado Pontificio seguían vigentes todas las discriminaciones religiosas y políticas contra los no católicos y los masones.

Entre 1831 y 1848 no existieron logias organizadas en Italia, si bien algunos italianos fueron iniciados como masones en el extranjero. Tal fue el caso de Giuseppe Garibaldi (Niza, 1807-Caprera, 1882), quien en 1844 entró en una logia de Montevideo de la obediencia del Gran Oriente de Francia, que tenía relaciones fraternas con la Gran Logia Unida de Inglaterra. Garibaldi entró así en el circuito de la masonería regular universal, como también puede comprobarse por sus vínculos con masones de los Estados Unidos de América.

Entre 1848 y 1849 la masonería volvió a aparecer tímidamente desde una posición periférica, limitada y en general carente de influencia sobre los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares de Europa que se desencadenaron por revueltas sociales, insurrecciones liberales, revueltas nacionales, desde Bohemia hasta Hungría e Italia. La “primavera de los pueblos” cogió por sorpresa a los conspiradores mejor preparados, incluso Mazzini y Garibaldi, quien como un signo, ofreció su espada al papa Pío IX en 1847.

Las logias no tuvieron tiempo para organizarse. En marzo de 1849 el reino de Cerdeña fue derrotado por el Imperio de Austria. En julio la República Romana, donde también actuaron algunos masones, fue vencida por la expedición militar francesa comandada por el presidente Luis Napoleón, futuro Napoleón III. Más tarde cayó la República de Venecia. En el reino de las Dos Sicilias liberales y patriotas fueron encarcelados, enviados al exilio o en el mejor de los casos obligados a guardar silencio.

El único avance auténtico que se produjo durante el citado bienio fue el Estatuto del Reino de Cerdeña, promulgado por Carlo Alberto de Saboya el 4 de marzo de 1848, en el que se enunciaban dos principios fundamentales: la religión católica era la religión de Estado, pero se admitían otros cultos y declaraba la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Asimismo se reconocían derechos civiles y políticos a los valdenses (evangélicos) y a los judíos.

Se trataba de un cambio radical, ya que a partir de ese momento tanto los liberales como la masonería pudieron contar con el rey de Cerdeña. Víctor Manuel II, que ascendió al trono tras la abdicación de su padre, mantuvo el Estatuto, la elección de la Cámara y de los consejos provinciales y municipales, la libertad de prensa, y dio asilo político a los exiliados políticos de los demás territorios italianos.

Sin embargo la masonería se mantuvo en silencio. Muchos masones prefirieron refugiarse en Francia, Gran Bretaña o en las Américas. Lo mismo hicieron los patriotas, luego iniciados como masones en el extranjero, sobre todo en las Américas, Gran Bretaña y Francia (tal fue el caso de Luigi Pianciani). El Libro de Oro Consejo Supremo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado aporta a este respecto una valiosa información.

La monarquía y sus ministros, tanto políticos (Massimo d’Azeglio, Camillo Cavour, Urbano Rattazzi) como militares (Alfonso La Marmora) no eran favorables a las sectas. Temían que el juramento de lealtad pronunciado al ingresar en la logia pudiera resultar irremediabilmente contradictorio con el juramento de lealtad al rey. Los modelos de la masonería francesa e inglesa siguieron siendo ajenos al reino de Cerdeña.

Tras la victoria del Reino de Cerdeña, aliado de la Francia de Napoleón III, contra el Imperio de Austria en la guerra de abril-julio de 1859 y la anexión de Lombardía por parte del Piamonte, solo en octubre de 1859 se fundó en su capital Turín, la primera logia “italiana”. Su nombre mismo “Ausonia”, antigua denominación de Italia, indicaba el programa: conseguir la unidad nacional. Desde 1860 las “oficinas” se multiplicaron y acogieron cientos de iniciados, la mitad de los cuales pertenecían a las logias de la capital (“Ausonia”, “Cavour”, “Dante Alighieri”, “Campidoglio”, “Osiride”, todos ellos nombres programáticos). Se descubrió que al menos había dos logias que seguían la obediencia del Gran Oriente de Francia, en Génova y en Livorno. Una en Chiavari seguía la obediencia de la Gran Logia del Perú.

Sin embargo, los acontecimientos político-militares de 1860 fueron mucho más

rápidos que el camino emprendido por los masones: la unión de Toscana y Emilia-Romaña al “rey constitucional” Víctor Manuel, la expedición de los Mil dirigida por Garibaldi en Sicilia y en Italia meridional, la conquista por los Saboya de gran parte del Estado Pontificio, los plebiscitos que sentaron las bases de la proclamación del Reino de Italia (14 de marzo de 1861).

### **La masonería en la nueva Italia: luces y sombras**

Los documentos existentes no demuestran que la masonería tuviera un papel protagonista en aquellas rápidas transformaciones, las cuales no obstante parecían inspiradas por sus ideales: independencia, unidad, orden, hermandad entre los “pueblos de Italia”, divididos desde la caída del Imperio Romano de Occidente y durante siglos subyugados por potencias extranjeras, entre italianos y las demás naciones.

El banco de pruebas de la nueva masonería fue precisamente la cuestión nacional. Era preciso definir qué se entendía por “italianidad” y el papel que debía desempeñar la nueva Italia en el mundo. El primer masón que escribió al respecto de manera clara fue el judío piemontés David Levi, ante la primera asamblea constituyente masónica, inaugurada en Turín a finales de diciembre de 1861, es decir siete meses después de la constitución del Reino. Levi vinculó el nacimiento de la unidad de Italia con la historia de la libertad de los pueblos. Era la poesía de Alessandro Manzoni, la música de Giuseppe Verdi.

Hasta aquel momento existía un Gran Oriente Italiano. La Asamblea de Turín fundó la masonería italiana con el nombre de Gran Oriente de Italia, que no tenía ningún vínculo directo, ninguna continuidad diplomática con aquel otro fundado en Milán en 1805, bajo las órdenes de Napoleón. El Gran Oriente de enero de 1862 nació en un reino de Italia que se extendía desde los Alpes hasta Sicilia, mientras que el de 1805 era una mera capilla lateral del sistema napoleónico. La asamblea eligió como gran maestro a Filippo Cordova, un siciliano que había sido fiduciario de Cavour y que prevaleció sobre Giuseppe Garibaldi. El gran maestro tuvo dos objetivos: obtener el reconocimiento de las organizaciones de los demás países y unificar las diversas organizaciones masónicas que estaban apareciendo en Italia. No consiguió ninguno de los dos.

La Gran Logia Unida de Inglaterra tomó nota de la nueva organización pero no firmó ningún pacto de hermandad. Cavour (de quien Londres nunca se había fiado plenamente) había muerto el 6 de junio de 1861 y en Italia había demasiados revolucionarios. Además, en Palermo se constituyó un Consejo Supremo de Rito Escocés – Gran Oriente de Italia que obtuvo el reconocimiento de la jurisdicción sur del Consejo Supremo de los Estados Unidos de América y por lo tanto la legitimidad universal.

Entre 1861 y 1885 la masonería italiana vivió un cuarto de siglo de asambleas constituyentes, tentativas de conciliación y conflictos. Garibaldi fue elegido gran maestro en 1864, pero dimitió al cabo de dos meses. En 1867 se fundó en Florencia, capital del reino desde 1864, la logia “Universo”, que debería unir a los parlamentarios y personalidades más influyentes para gobernar Italia.

El país vivía años difíciles y para hacer frente a un enorme endeudamiento el gobierno

nacionalizó los bienes de las órdenes religiosas contemplativas. En 1860 el papa excomulgó a Víctor Manuel II, a los ministros de su gobierno y a todos aquellos que colaboraban con él: todos eran agentes del Diablo porque habían privado al papa de gran parte de su Estado. Mientras el rey unificaba Italia, Pío IX la dividía al no renunciar al poder temporal. En 1864 publicó el *Syllabus*, donde condenaba todas las doctrinas políticas de los siglos XVIII y XIX (liberalismo, democracia, socialismo) y todas las “sociedades secretas”, empezando por la masonería, que luego sería calificada como “sinagoga de Satán”.

Una parte del clero italiano se inclinaba por la inmediata conciliación entre la Iglesia y el Reino de Italia, algo que ya era una realidad incuestionable. Entre estos se encontraban algunos jesuitas, como el padre Carlo Maria Curci y Carlo Passaglia, pero prevalecieron los partidarios de la excomuniación. Italia quedó dividida en dos, sobre todo desde el momento de la ocupación de Roma por el ejército italiano (20 de septiembre de 1870) y su anexión al reino con el voto de sus ciudadanos.

Fue solo a partir de los años 1870-1872 cuando la masonería italiana empezó a dotarse de un auténtico programa. Hasta ese momento se había mantenido con un pie en la conspiración, otro en la república, otro cercano a la Corte, otro cercano al gobierno, otro en la oposición constitucional, y otro en la internacional socialista. Carecía de un proyecto y de una doctrina clara. Los masones sabían poco de masonería, como queda documentado en el libreto “*Una Voce*” de Ludovico Frapolli, gran maestro adjunto y luego efectivo, mazziniano, garibaldino, muerto suicida tras haber sido expulsado del Gran Oriente. Frapolli escribió y borró varias veces hasta el título del “programa” que debía sintetizar la esencia de la masonería universal e italiana. El gran maestro era el primero que no tenía un conocimiento preciso de la masonería, de sus constituciones originarias (1723 y 1738), de los ritos, empezando por el Escocés Antiguo y Aceptado. Impuso sus opiniones personales por encima de la Tradición e improvisó los catecismos masónicos. Por otro lado, su “carrera masónica” es muy indicativa: fue iniciado en diciembre de 1862, inmediatamente promovido al 3er. grado y en un par de días llegó al grado supremo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Intentó crear un único Consistorio de los cuatro Consejos Supremos existentes en Italia (Turín, Florencia, Nápoles, Palermo). El de Nápoles estaba dirigido por Domenico Angherà, un arcipreste originario de Calabria. Mientras tanto con Ausonio Franchi (cuyo nombre anterior había sido Cristoforo Bonavino, un eclesiástico temporalmente entusiasta del mensaje masónico), asumió la dirección del Rito simbólico italiano, muy simplificado con respecto al Rito francés y al escocés.

En las primeras décadas posteriores a la creación del Reino de Italia, la masonería dedicó grandes esfuerzos para dotarse de unidad y regularidad. Se dedicó a tareas ajenas a la Tradición. Así lo confirma el hecho de que no se publicara ninguna traducción de las Constituciones de Anderson, ni de los Antiguos Deberes, ni siquiera en una forma simplificada. En más de sesenta años de existencia (1864-1926) las revistas oficiales del Gran Oriente solo dedicaron un artículo de tres páginas a las Constituciones de Anderson (“*Rivista della massoneria Italiana*”, año XXX, 1900, pp. 20-22).

En 1864 y nuevamente en 1872, Garibaldi redactó su programa masónico: para él la masonería era la “madre de la democracia”, una asociación filantrópica, comprometida en



llevar a cabo reformas sociales y abierta a las mujeres. Para confirmarlo inició a su hija, Teresita, y a muchas otras masonas. También celebró bautismos y bodas masónicas, según un ceremonial que se difundió y que en cierto modo imitaba al católico. En los últimos años dispuso que su cadáver fuera incinerado al aire libre, pero su voluntad no pudo cumplirse debido a que en su funeral estaba presente un representante de la Casa Real que era contraria a entrar en conflicto con la Iglesia, que condenaba la incineración no por sí misma sino por considerarla una afirmación del naturalismo positivo, contrario al catolicismo. En cualquier caso, la “pira homérica” reivindicada por Garibaldi no fue propiamente masónica, ya fuera porque la Francmasonería nunca consideró la incineración como una regla vinculante o primordial, o porque por motivos higiénico-sanitarios, resultaba absolutamente impracticable en las ciudades del siglo XIX, carentes de alcantarillado. Algunos masones propugnaron la construcción de hornos crematorios en forma de “aras”.

En los siguientes treinta años (1865-1895) la masonería ascendió a la categoría de partido del Estado, con una profunda diferencia respecto de la época franco napoleónica. Para el estatuto del Reino de Italia la religión del Estado era y seguiría siendo la católica. La masonería era *conocida* pero no *reconocida*. El Estado nunca aprobó ninguna ley sobre las asociaciones, por lo que la masonería siempre vivió en una condición difícil, ya que en cualquier momento podía ser declarada secreta. El verdadero obstáculo no fue la Iglesia, sino el ordenamiento jurídico y en cierto modo ella misma porque a los masones italianos no les gustaba el reconocimiento “oficial” para evitar así tener que someterse a controles por parte del gobierno.

Para conocer la masonería italiana entre la unificación y la primera guerra mundial y la llegada al gobierno de Mussolini (31 de octubre de 1922) disponemos de muchas fuentes y documentos, hasta ahora utilizados solo parcialmente: en primer lugar el “*Bollettino del Grande Oriente d’Italia*” (1864-1869) y la “*Rivista della Massoneria italiana*” (1870-1904), más adelante la “*Rivista massonica*”(1905-1926), las actas manuscritas del Consejo del Orden de la Junta Ejecutiva del Gran Oriente de Italia, la matrícula general de los afiliados del Gran Oriente entre 1875 y la disolución de las logias en 1925: más de 60.000 nombres.

Asimismo existe una enorme cantidad de documentos en los archivos del Estado (casi unos cien), de entes públicos (provincias, municipios) y de varias instituciones y particulares que tuvieron relaciones con masones y con la masonería. En cambio faltan las actas de las logias, salvo pocas excepciones, como las de “La Concordia” de Florencia, o la “Rienzi” de Roma.

En 1925 el gobierno italiano hizo imposible la vida de la masonería, por lo que los grandes maestros de las dos organizaciones activas en aquel momento, el Gran Oriente y la Gran Logia de Italia, disolvieron las logias.

Es comprensible que para evitar persecuciones muchas cartas se hubieran destruido u ocultado. No obstante existían decenas de logias en el extranjero, tanto en Europa como en África del Norte, en las Américas o en las colonias del Reino de Italia, pero de su vida y de su documentación no se sabe casi nada, del mismo modo que sabemos poquísimo sobre las relaciones entre la cúpula de la masonería italiana y las mayores obediencias extranjeras. En 1924 el Gran Oriente tenía una tercera parte de sus oficinas en el extranjero, incluidos los

Estados Unidos, donde sin lugar a dudas tenía logias de su obediencia en Denver (Colorado), Cleveland, Chicago, Christopher y Herrin (Illinois), Boston (Massachusetts), Newark (New Jersey), Philadelphia, Pittsburgh y Uniontown (Pennsylvania), sumando un total de doce oficinas.

La Gran Logia de Italia tenía numerosas dependencias en las Américas, pero la documentación al respecto solo ahora empieza a estudiarse, con el impulso de *Annales: Gran Loggia d'Italia degli A.L.A. M.: cronologia di storia della Massoneria italiana e internazionale (1908-2012)* de Luigi Pruneti (Roma, Atanor, 2013), con el estudio de los registros de afiliados (26.000 nombres entre 1915 y 1925) y muchas otras fuentes inéditas que están en proceso de clasificación.

La anexión de Roma al Reino de Italia (entrada del ejército italiano en la Ciudad Eterna el 20 de septiembre de 1870, plebiscito a favor de la anexión a la corona de los Saboya el 2 de octubre) marcó la *debellatio* del Estado Pontificio así como la condena del Estado por parte de Iglesia, que reafirmó la excomunión del rey, de sus ministros y colaboradores. En cientos de documentos (encíclicas, constituciones apostólicas, cartas, discursos...) el papa Pío IX reiteró solemnemente la condena de la masonería, acusada de conspirar contra la Iglesia católica, la religión y cualquier forma de espiritualidad. Su sucesor, León XIII (1878-1903), en 1884 confirmó la condena de la masonería en la encíclica *Humanum genus*, donde decía que tal vez en las logias había personas de buena fe, pero que la masonería en sí misma era el Mal y por lo tanto sus miembros tenía que quedar excluidos de la Iglesia. Los periódicos católicos más prestigiosos, empezando por la revista de los jesuitas "*La Civiltà cattolica*", emprendieron una batalla continua para desacreditar la masonería, acusada de practicar en su seno ritos obscenos y blasfemos. La condena se extendió también a las instituciones públicas (gobierno, entes locales...), alegando como pretexto que promovían, o al menos no impedían, la erección de monumentos a herejes y la celebración de su figura. En 1889 en Roma se descubrió el monumento a Giordano Bruno, el filósofo quemado vivo en Campo dei Fiori. Del mismo modo se erigieron otros monumentos a Arnaldo da Brescia, Galileo Galilei, Paolo Sarpi, y a fray Dolcino, es decir a herejes y a todas las víctimas de la persecución clerical. Muchos enemigos de la Iglesia pretendían tener su bendición porque eran "creyentes" más fanáticos que muchos eclesiásticos.

Muchas logias se identificaron con la "rebelión", cantada por el "poeta nacional" Giosuè Carducci en el "*Himno a Satán*". No obstante el gobierno y las instituciones siempre se mantuvieron al margen de las manifestaciones anticlericales, y la misma masonería no siempre las compartió oficialmente, era como un abanico. Así se vio cuando no participó en el Concilio anticlerical inaugurado en Nápoles, en conflicto con la apertura del Concilio Euménico Vaticano I (8 de diciembre de 1869). Muchas logias estuvieron presentes, pero no así el Gran Oriente.

La masonería italiana carecía de identidad propia: tomó prestadas y amalgamó múltiples figuras del *Risorgimento* y del Estado unitario, entre ellas presidentes del consejo y ministros que eran masones, especialmente de Justicia y de Educación: Agostino Depretis, Francesco Crispi, Giuseppe Zanardelli, Alessandro Fortis, Francesco De Sanctis, Michele Coppino, Ferdinando Martini, Nunzio Nasi... Pero jefes de gobierno, ministros y

parlamentarios no hacen una política, no son el Estado. Se difundió la leyenda de que 300 de los 450 diputados eran masones, lo cual no responde en absoluto a la realidad. Los parlamentarios iniciados en las logias eran unas pocas decenas y cada uno de ellos seguía su propio camino por el cauce de la monarquía constitucional.

Sin embargo la masonería quería ser la depositaria del proyecto de “hacer los italianos”, es decir de construir la conciencia civil del país mediante la escuela obligatoria y gratuita y la sustitución de las ceremonias religiosas por ritos civiles (el término “laico”, un galicismo, era le era ajeno), casi siempre añadidos a los religiosos, como documentan los funerales de prestigiosos masones, que se celebraban según el rito católico (Depretis, Crispi, Zanardelli...). A tal fin, la masonería reivindicó haber estado en el origen de la unificación nacional e imputó a la Iglesia católica ser el enemigo. Con los grandes maestros Giuseppe Mazzoni, Giuseppe Petroni y, sobre todo con Adriano Lemmi, la masonería aumentó su prestigio y el control de la vida pública, convirtiéndose en el “partido del Estado”.

Tras la logia “Universo” (Florencia, 1867), fundada por Frapolli para proyectar las reformas legislativas, en 1877 Lemmi creó la logia “Propaganda masónica”, directamente de su obediencia, para reunir en ella a los “hermanos” de mayor prestigio, dispensados de las obligaciones comunes (capitulaciones, asistencia, cuotas, visitantes...). Esta logia reunía en su seno a docentes universitarios, militares, políticos, destacados patriotas. Entre sus miembros más notables se encontraban Aurelio Saffi, que había sido triunviro de la República Romana, y Giosuè Carducci, estratega de la cultura de la nueva Italia, garibaldino de espíritu, pero cantor del “*Eterno femenino regale*”, consciente de que la nueva Italia tenía que ser monárquica y no federal. Carducci actuó plenamente de acuerdo con Francesco Crispi, jefe del gobierno entre 1887 y 1896 (con el masón Zanardelli en Justicia abolió la pena de muerte e hizo electivos los cargos de las administraciones locales), y con Adriano Lemmi. Sin embargo, contrariamente a lo que se imagina, la “Propaganda” nunca contó con hombres de poder efectivo y no dominó en absoluto la vida pública.

En los años como gran maestro (1885-1896) Lemmi organizó las finanzas del Gran Oriente y codificó las grandes ideas del pensamiento masónico italiano: hacer del Estado el garante de las libertades y del progreso civil de todos los ciudadanos y combatir con todos los medios posibles al papado, “*cuchillo clavado en el corazón de Italia*”. Al igual que Carducci y Crispi, Lemmi buscó la consolidación de la monarquía, que a su vez honró la memoria de Garibaldi y de Giuseppe Mazzini con monumentos erigidos en Roma y en muchas otras ciudades, a menudo con símbolos masónicos evidentes (escuadra y compás). Italia empezó a ser un país unido, con muchos y graves problemas, pero con una perspectiva de progreso. El masón Luigi Pagliani fue el artífice de la primera ley sanitaria, que impuso la renovación de los planes urbanísticos de las ciudades.

La Iglesia siguió reiterando sus condenas de siempre, y en los años 1885-1896 le siguieron en este sentido Léo Taxil, Domenico Margiotta y otros que desacreditaban el Gran Oriente de Italia para derrocar al jefe del gobierno, Crispi, artífice de la expansión colonial, al cual Francia se oponía con crudeza.

Se volvió a publicar la condena de un año de cárcel a Adriano Lemmi por un hurto en Marsella en 1844: una acusación infamante. En lugar de defenderse en sede judicial ordinaria,

Lemmi consiguió la absolución de un jurado del Rito Escocés. Consternado por las polémicas y las disidencias internas, dimitió en 1896, siendo sustituido por Ernesto Nathan, judío londinense italianizado: una elección que alimentó las polémicas de los clericales contra el complot judeomasónico y socialista, análogo al desencadenado en Francia con el “affaire Dreyfus”. La dimisión de Lemmi no fue suficiente para calmar la tempestad. En 1896 muchas logias rechazaron la obediencia al gran maestro y dos años después vio la luz el Gran Oriente Italiano, de orientación radical y republicano, inmediatamente reconocido por el Gran Oriente de Francia, artífice de la secesión.

Así pues, para castigar a la masonería, la Iglesia recurrió a los argumentos deplorables de Taxil y de la Liga antimasonónica, que celebró en Trento su primer y único congreso (1896), tras el cual Taxil declaró ser un comodín: había jugado con la masonería y con los clericales al mismo tiempo. Sin embargo no fueron los masones quienes lo desenmascararon, sino algunos eclesiásticos. Así la Iglesia demostró que sabía liberarse de la mentira; en el imaginario popular (pero no solo) la masonería seguía apareciendo como se describía en las “*Confessioni di un*” 33 de Taxil y en las polémicas antimasonónicas de demócratas y radicales como Felice Cavallotti, según el cual “si no todos los masones son malhechores, todos los malhechores sin duda alguna son masones”: una lápida funeraria lanzada sobre el Orden que se proponía como artífice de la Unidad nacional y del desarrollo de Italia. Dicha unidad estaba dirigida no por un sacerdote sino por el líder del “partido de los honestos”, a su vez en olor de iniciación francmasona, tal vez no lo bastante satisfactoria.

## **Del Orden al Caos**

La masonería introdujo en su seno los motivos de división existentes en partidos y causa de los conflictos religiosos e ideológicos, que según sus constituciones deberían ser ajenos a los trabajos de la logia. Pero ya en esos años –como está documentado en la “*Rivista della Massoneria Italiana*”– muchos *hermanos* iban a las logias sin ornamentos rituales, incluso con el uniforme si eran militares y en las sesiones se decidían las candidaturas electorales políticas y administrativas, los asuntos menores de la “polis”.

Durante la primera década del siglo XX con los grandes maestros Nathan y Ettore Ferrari (1903-1917, soberano del Rito Escocés Antiguo y Aceptado hasta su muerte en 1929), las iniciaciones oscilaron entre 300-400 y 2.500-3.000 al año. Los aprendices llevaron sus pasiones a la logia, pero ¿cuántos maestros eran capaces de enseñarles a dominarlas, a pulir la piedra?

Entre 1860 y la Gran Guerra (1915-1918) la mayor parte de los iniciados llevó sus ambiciones de politicastos al interior de los templos (parlamentarios, administradores públicos, militantes de partidos...), con experiencias y/o aspiraciones revolucionarias, a menudo ajenas a los antiguos deberes y a las mismas Constituciones de la Orden, que por otra parte se modificaban constantemente, precisamente para dejar espacio a las ya prevalentes motivaciones ideológicas. Ese fue el caso de Ettore Ferrari, que desde joven militó en el Círculo de los derechos del hombre; de Luigi Pianciani, quien permitió que entrara en la “Rienzi” de Roma el socialista Antonio Labriola, de Mario Panizza, Giuseppe Mussi,

Malachia De Cristoforis, Adolfo Engel...: una tentación (o deriva) radical compartida tanto por el rito simbólico italiano como por altos dignatarios del Rito Escocés, germen de tensiones, divisiones, recomposiciones y de la laceración definitiva de 1908-1910.

### **Nuevas condenas: socialistas, nacionalistas, liberales**

El nuevo papa, Pío X (1903-1914), no publicó nuevas condenas contra los masones. Tuvo que afrontar el “modernismo” de los católicos (es decir la apertura de la Iglesia al “mundo moderno”) y fue excomulgado por ser sospechoso de estar manipulado por las logias.

Pero la masonería sufrió la embestida de nuevas oleadas de polémicas. En 1904 los socialistas revolucionarios pidieron la expulsión de los masones del partido. Dicha petición fue concedida en el congreso de Ancona de 1914, tras la propuesta de Benito Mussolini, que en aquel momento contaba treinta y un años. Los nacionalistas negaron que el *Risorgimento* y la unificación italiana tuvieran un origen masónico, porque según ellos en Italia la masonería siempre había sido una organización al servicio de potencias extranjeras. Por último incluso un autorizado filósofo liberal, Benedetto Croce, definió la masonería como una cultura “óptima para comerciantes y maestros de escuela elemental” y declaró que los ideales de la masonería (filantropía, hermandad, libertad...) eran una utopía, mientras que la historia es lucha, como afirmaba el idealismo dialéctico desde sus remotos orígenes (Heráclito) hasta Hegel y a las escuelas derivadas del mismo (el marxismo por una parte y el actualismo de Giovanni Gentile por otro).

La masonería se consolidó en la nueva Italia gracias a dos circunstancias históricas: la contraposición entre Estado e Iglesia por un lado y el sistema electoral que favorecía a los “notables” por el otro. Esos dos prerequisites de su éxito se desvanecieron entre 1908-1912. El primer bastión cayó porque el gobierno presidido por el liberal Giovanni Giolitti rechazó la solicitud formulada por masones, socialistas y republicanos de prohibir la enseñanza de la religión en las escuelas elementales. Era el fin del conflicto entre Estado e Iglesia, que ahora podían coexistir en sus respectivos ámbitos de libertad. La masonería se dividió porque el Gran Oriente procesó a los diputados que apoyaron a Giolitti. Una parte del Consejo Supremo seguidor del rito escocés, capitaneada por el pastor protestante Saverio Fera, rechazó tal decisión en nombre de la libertad de los diputados y de la separación entre logias y política, y en defensa de la “libertad religiosa”, que no solo significaba libertad de no creer, sino también de creer, de acuerdo con las Constituciones de Anderson. Fera rechazó el clericalismo de los anticlericales. En 1912 el Consejo Supremo que él presidía fue acogido y reconocido por el Convento mundial del Rito Escocés. El Gran Oriente tomó en cambio la línea del “libre pensamiento”. En algunas de sus logias los afiliados juraban combatir la monarquía, el servicio militar y la religión.

El segundo cambio del escenario general fue la concesión del derecho de voto a todos los varones mayores de edad que estuvieran alfabetizados, así como a los analfabetos que hubieran prestado el servicio militar o que tuvieran al menos treinta años. De este modo, los electores sumaban 8.500.000, por lo que la masonería ya no era capaz de controlar la máquina de las elecciones y perdió importancia. Entre 1912 y 1913 los masones vieron con

consternación cómo una encuesta promovida por los nacionalistas arrojaba unos datos desoladores. Casi todos los entrevistados (políticos, científicos, artistas, docentes de gran prestigio) dieron un juicio duramente negativo de la masonería, considerada como secreta, ridícula y mafiosa e incompatible con el mundo moderno.

### **De la Gran Guerra al fascismo**

Cuando Europa se precipitó en la Guerra de 1914-1918, el Gran Oriente en seguida apoyó la intervención de Italia contra el Impero de Austria para poder completar el proceso de su unificación política. Era la ocasión para recuperar el control del poder. Pero las consecuencias por el contrario resultaron catastróficas, ya que el Parlamento perdió el gobierno del país. Después de la guerra la escena política estuvo dominada por socialistas revolucionarios y por clericales, enemigos del *Risorgimento* y de la masonería.

Tras años de cruenta guerra civil, el 31 de octubre de 1922 se creó el gobierno presidido por Benito Mussolini, ex socialista revolucionario, ex republicano, jefe del Partido Nacional Fascista: un gobierno de unión nacional, en el que había numerosos masones.

Italia estaba inmersa en la confusión y así se mantuvo hasta la instauración del régimen de partido único, el “fascismo”, cuya primera ley importante prohibió a los funcionarios pertenecer a asociaciones secretas. La masonería no era secreta, pero la ley estaba ideada contra la masonería (mayo-noviembre de 1925) y fue del agrado de casi todos los parlamentarios, incluidos muchos liberales y “demócratas”.

En aquel momento en Italia los masones eran al menos 60.000 (40.000 del Gran Oriente, 20.000 de la Gran Logia). Bajo la ofensiva fascista el gran maestro Domizio Torrigiani disolvió las logias del Gran Oriente, imitado poco después por el Soberano de la Gran Logia, Raoul Palermi. Al término de la Gran Guerra el rey agradeció oficialmente a la masonería su contribución a la Victoria (tras haber perdido el 10% de sus miembros). Siete años más tarde la organización se hundió y desapareció.

No obstante, pocos masones fueron efectivamente perseguidos, obligados a marchar al exilio o condenados a vivir en lugares aislados (“confinamiento de policía”). La generalidad de los afiliados entró en letargo. Muchos de ellos colaboraron con el gobierno de Mussolini en posiciones destacadas, como Alberto Beneduce, principal organizador de la economía italiana, Balbino Giuliano, ministro de Educación Nacional, Edmondo Rossoni, sindicalista fascista, el escritor Curzio Malaparte. También entró en la logia Telesio Interlandi, que luego dirigió la revista “*Difesa della Razza*”. Fue un periodo de confusión y de contradicciones. Los masones no se opusieron abiertamente al gobierno y en la gran mayoría de los casos no fueron molestados. En aquellos años se publicaron revistas sapienciales y se afirmó Julius Evola, que había sido colaborador de Arturo Reghini y de otros “grandes iniciados”.

El fascismo combatió la masonería por tres motivos fundamentales: en primer lugar porque el fascismo quería ser “la Nación” y por lo tanto no podía tener un “competidor” como la masonería, que se proclamaba madre y custodia de la patria. En una guerra de símbolos no hay lugar para dos vencedores.

En segundo lugar, Mussolini sabía que una parte de los jefes fascistas (Italo Balbo,

Roberto Farinacci, Giacomo Acerbo, Alessandro Dudan...) y muchos militares (Luigi Capello, l'ammiraglio Paolo Thaon di Revel, Ugo Cavallero...), diplomáticos, magistrados, altos dirigentes públicos eran masones y no quería tener “la serpiente en casa”.

Por último, para asegurarse el apoyo de la Iglesia, que era esencial para la estabilidad del gobierno, tenía que “dar ejemplo”, prohibiendo la masonería, pero asumiendo el papel de defensor del laicismo del Estado en el ámbito estratégico de la educación de los jóvenes.

A pesar de la disolución de las logias, a partir de 1925 muchos masones siguieron estando operativos en el silencio y en el exilio, donde recibieron la ayuda de hermanos de los Estados Unidos de América, como Arturo Di Pietro, Charles Fama y Frank Gigliotti, todos ellos protestantes. Gigliotti desempeñó un papel importante en el renacer de la masonería entre 1943 y 1960, facilitando las relaciones entre los hermanos Italia y los americanos, con tres condiciones: el rechazo radical del social-comunismo, del anticlericalismo y de la visión nacionalista de la historia.

Italia debía volver a formar parte de Occidente. Pero los obstáculos por superar eran numerosos y difíciles, empezando por la antigua excomunión de la Iglesia católica, ante cuyos ojos incluso los Rotarios (combatidos por el régimen fascista y disueltos tras la alianza entre fascistas y nazis) y los Leones seguían siendo “sospechosos”. Además seguía vigente la prohibición de afiliación masónica para casi todos los partidos políticos, que se declaraban antifascistas pero seguían siendo totalitarios (partido comunista, partido socialista, democracia cristiana, a los cuales luego se unió el movimiento social italiano, reencarnación del PNF).

### **La masonería en la Italia actual: no reconocida y mal conocida**

En junio de 1946 un plebiscito muy discutible determinó la caída de la monarquía y la instauración de la república. En el momento de su renacimiento entre 1944 y 1945, la masonería italiana resultó ser prevalentemente republicana, hasta el punto de olvidar que entre 1861 y 1925 la monarquía le había garantizado libertad y progreso.

A partir de 1924, cuando ya se había desencadenado el asalto a las logias por parte de activistas fascistas, muchos masones entraron en los Rotarios, presididos por Víctor Manuel III: una especie de solución extrema. Sin embargo aquel pasado se puso entre paréntesis y se borró de la memoria.

De las figuras del *Risorgimento* tan solo se evocaba a Mazzini y a Garibaldi, mientras que Cavour y sobre todo los reyes cayeron en el olvido. La distorsión de la verdad de los hechos hizo creer a muchos afiliados que la masonería era genéticamente republicana, incluso revolucionaria y que tenía como divisa el llamado “trinomio”: una invención de Lamartine, que ni siquiera era masón.

La Constitución de la República Italiana (1948) se inspira en gran parte en los principios masónicos de igualdad de los ciudadanos “ante la ley, sin distinción de sexo, raza, idioma, religión, opinión política, condición personal y social” (art.3). La masonería, no obstante, quedó al margen de la vida pública, en una especie de limbo, rodeada de sospechas de todo tipo.

A pesar de ello, el Gran Oriente de Italia se consolidó con los grandes maestros Giordano Gamberini (1960-1969) y Lino Salvini (1970-1978), quienes obtuvieron el reconocimiento de muchas Grandes Logias americanas y de la Gran Logia Unida de Inglaterra (1972) así como todo el respeto por parte de la Iglesia católica. En 1974 el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal Ferenc Seper, escribió al cardenal Krol que los católicos podían entrar en las logias que no conspirasen contra la Iglesia.

En aquel nuevo clima filosófico y cultural, la Logia “*Propaganda massonica*” n. 2 (P2), dirigida por Licio Gelli bajo el mandato del gran maestro Salvini, reunió a exponentes de todas las fuerzas políticas, altos cargos del Estado (sobre todo militares), industriales, banqueros y periodistas. Gelli llegó a idear una organización mundial para la asistencia masónica. Asimismo, la Gran Logia de Italia realizó importantes avances con el Soberano Giovanni Ghinazzi, abriendo la iniciación a las mujeres (siguiendo la senda iniciada por Giuseppe Garibaldi) e instituyó relaciones con las masonerías liberales, como el Gran Oriente de Francia.

A partir de 1981 la logia “*Propaganda massonica n. 2*” y el Gran Oriente, de cual formaba parte, así como la Gran Logia de Italia se vieron involucradas en un artificioso escándalo de enormes proporciones. El Parlamento disolvió la P2 por considerarla una asociación secreta, sin haber realizado ningún análisis crítico. Una comisión parlamentaria de investigación concluyó con seis informes distintos y un juicio provisional. Al cabo de diez años la P2 fue absuelta en sede judicial de las acusaciones de conspiración militar o política. Sin embargo el prejuicio negativo ya estaba consolidado y en 1994 el gran maestro del Gran Oriente abandonó el cargo para crear una nueva organización que fue inmediatamente reconocida por la Gran Logia de Inglaterra.

Así, el Gran Oriente volvió a contar con cerca de 20.000 afiliados, entre ellos el gran maestro Armando Corona y Gustavo Raffi. Asimismo, se confirmó la Gran Logia de Italia (con unos 10.000 afiliados) presidida desde hace seis años por el gran maestro Luigi Pruneti, que ha promovido la investigación histórica e impulsado la presencia pública de la Gran Logia.

### **En Italia no existe ninguna ley que proteja el nombre de la masonería**

Ante la falta de dicha legislación cualquier grupo de ciudadanos puede darse el nombre de masonería. Por eso en Italia existen unas 250 organizaciones que se proclaman “masonería” sin que nadie sea capaz de impedirlo. Esta babel genera confusión y descrédito, y no ayuda a conocer el origen y la historia de la masonería. En las librerías los pocos volúmenes sobre la masonería suelen estar colocados en las estanterías junto a obras sobre espiritismo, magia, ocultismo, *new age*, herboristería, sexología... Por ello muchas personas piensan que la iniciación femenina en la masonería sea algo como la Wicca y otras formas de naturalismo.

Asimismo, el antimasonismo político-ideológico y religioso se mantuvo muy extendido no solo entre los clericales y los extremistas de izquierda y de derecha, sino



también entre movimientos populistas que prometen un mundo de iguales en la uniformidad en lugar de la libertad.

Durante sus pontificados Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II y el mismo Benedicto XVI no publicaron ningún documento contra la masonería, ni siquiera pronunciaron su nombre. Benedicto XVI lamentó el “relativismo”, pero al igual que sus inmediatos predecesores, elogió los principios constitutivos de la masonería: la promoción de la libertad y la hermandad, la benevolencia y el rechazo al totalitarismo y a las discriminaciones de cualquier clase. El papa Francisco I, en cambio, ha denunciado el peligro de los lobbies de masones, junto con aquellos del mundo empresarial y de los homosexuales.

En Italia se siguen oponiendo a la masonería los clericales, los comunistas y todos aquellos que creen que la historia es el fruto de complots organizados por judíos, masones, revolucionarios y las altas finanzas, todos ellos orquestados desde las logias.

Recientemente, tanto el Presidente de la República, Giorgio Napolitano (ex comunista) como el Presidente del Gobierno, Mario Monti, y su sucesor, Enrico Letta, han sido acusados de estar al servicio de la internacional masónica. Incluso el líder del centro-derecha, Silvio Berlusconi, se describe a menudo como masón por haber sido hace tiempo miembro de la logia P2. Se trata de afirmaciones infundadas, pero que son creídas por aquellos que creen que la historia está controlada por poderes misteriosos e invencibles, por el Diabolo repetidamente evocado por el papa Francesco.

La crisis actual (económica, social, cultural y civil) genera inseguridad y miedos, facilitando la búsqueda de soluciones totalitarias y populistas. Por eso la masonería en Italia se sigue encontrando en una posición difícil, expuesta a investigaciones judiciales, víctima de antiguos prejuicios y de movimientos que necesitan encontrar un chivo expiatorio para “salir de la crisis”.

## **Conclusión**

En conclusión puede decirse que sin la masonería, Italia nunca habría alcanzado la unidad nacional y el nivel de libertad y de desarrollo político actual. Sin la masonería, Italia retrocedería varios siglos. Por eso constituye un patrimonio civil incluso para quienes no son masones. Tal vez su condición mejorará cuando, gracias a la historiografía, llegue a ser mejor conocida en su auténtica identidad.

## **Bibliografia**

- Cazzaniga G. M. *La Massoneria*. Turin: Einaudi, 2005.
- Conti F. *Storia della massoneria italiana dal Risorgimento al fascismo*. Bologna: il Mulino, 2003.
- Ferrer Benimeli, Jose Antonio. *Bibliografía de la masonería*. Madrid, 2004.
- Francovich C. *Storia della massoneria in Italia. Dalle origini alla Rivoluzione francese, Firenze*. La Nuova Italia, 1974.
- Mola, Aldo Alessandro. *Storia della massoneria italiana dalle origini ai nostri giorni*. Milan: Bompiani, 1976-2012.
- Mola, Aldo Alessandro. *Gelli e la P2. Fra cronaca e storia*. Foggia: Bastogi, 2009.
- Pruneti L. *Annales, La Gran loggia d'Italia (Roma, 1908-2012)*. Atanòr, 2013.
- Simoni E. *Bibliografia della massoneria in Italia*. Foggia: Bastogi, 1997-2010.
- Verucci G. *L'Italia laica prima e dopo l'Unità*. Bari: Laterza, 1981.